



ARTURO DE BRETAÑA.

EN una magnífica noche de otoño del año 1202 bajóse el puente levadizo de la torre de Rouen, á orillas del Sena, para dar paso á un peloton de arqueros ingleses, los cuales rodeaban á un prisionero enmascarado, á quien llevaba á la grupa un escudero del rey Juan sin-Tierra. Aun brillaban en la orilla algunas antorchas, y en las barcas que habian conducido el cautivo y su escolta al pié de la torre; mas á poco desaparecieron las luces en las vueltas y revueltas de la playa; alzóse el puente levadizo sobre sus cadenas con siniestro rumor; el paso de los caballos se perdió bajo las bóvedas,

y solo se oyó el ronco murmullo de las olas que se estrellaban contra las murallas.

Entre tanto, en lo interior de la torre, un jóven de quince años, rubio, con ojos azules y dulces, rostro melancólico, y una cicatriz en la frente, subía, abismado en la tristeza, la escalera que conducía al calabozo mas oscuro del torreón. Llevaba una larga casaca bordada de pieles, y adornaba su cabeza un gorro de terciopelo, que con trabajo sujetaba sus abundantes cabellos. Su rostro maganto, su cabeza baja, su cuerpo ya encorbado hacía el suelo como el de un viejo, anunciaban vivos pesares y los terribles sinsabores de la cautividad. Algunas veces miraba á los carceleros; pero al ver sus alabardas y su feroz fisonomía, subía con mas prisa lleno de terror, y sus mejillas se cubrían de lágrimas. Cuando vió los muros de su nueva prision, un horrible presentimiento le iluminó de pronto, y poniéndose de rodillas en medio del calabozo, oró con voz tan sentida, que se enternecieron los mismos guardias.

Aquel jóven era Arturo de Bretaña, sobrino del rey de Inglaterra y legítimo heredero de esta corona. Juan sin-Tierra, su tío y usurpador de sus derechos, sostenía una guerra larga y encarnizada contra Felipe Augusto, rey de Francia, que habia abrazado los intereses de Arturo, despojado por su tío no solo de la corona de Inglaterra, sino tambien del ducado de Bretaña. Confiado el mancebo en la generosidad de Felipe Augusto, que queria casarle con su hija María, habia llamado á las armas á sus fieles bretones, y estos resolvieron intentar el último esfuerzo para vengar á su jóven soberano, y corrieron á colocarse bajo su bandera, al mismo tiempo que el rey de Francia proclamaba á Arturo conde de Poitou.

Pero quedaba al nuevo conde por conquistar esta provincia, que era presa de los ingleses ni mas ni menos que la Bretaña. Arturo, á pesar de su extrema juventud, unió de los príncipes mas valientes de su tiempo, no perdió el valor, y á la cabeza de los bretones

y los poitevinos marchó en busca de los ingleses, poniendo sitio á Mirebeau, poblacion situada á algunas leguas de Poitiers. Esta plaza no resistió á las armas de Arturo; pero el castillo de la ciudad, que formaba, gracias á su posicion, una ciudadela inexpugnable, y encerraba en sus muros á Eleonora de Aquitania, madre de Juan sin-Tierra, y mujer de carácter resuelto, cerró sus puertas al vencedor, y no quiso rendirse. Las tropas de Arturo, dueñas de la ciudad, aguardaban una ocasion favorable para sorprender la ciudadela, y se establecian en plena seguridad bajo los baluartes, cuando de pronto se supo que Juan sin-Tierra iba á socorrer á Eleonora. Merced á una marcha rápida, repentinamente apareció en las puertas de Mirebeau, y Arturo no dudó en luchar con él. Admirad, amigos míos, este valor y esta resolucion. Arturo solo contaba quince años; pero peleaba en defensa de sus derechos usurpados, y este derecho da fuerza.

Pero toda la valentía del jóven conde no pudo vencer su destino. Despues de una lucha espantosa, en que Arturo desplegó los talentos y la sangre fria de un capitán consumado, cayó en poder de su tío, y sobre los cadáveres de los bretones y los poitevinos muertos en defensa de su noble causa tuvo que caminar hasta llegar á la tienda de Juan sin-Tierra, para recibir los insultos del monarca inglés. Furioso el rey con la resistencia de Arturo y de su ejército, mandó que veinte y dos señores fuesen llevados presos al castillo de Corf, en Inglaterra, y allí los condenó á morir de hambre. En cuanto á su sobrino, lo encerró en la prision de Faluise; pero como no conviniese á sus miras tenerlo en esta noble poblacion, para ejecutar sus proyectos de venganza le condujo en secreto á la torre de Rouen, donde acabamos de ver entrar al jóven príncipe como una víctima que se lleva á la muerte. A poco el mismo asesino entró en la torre, y con él la muerte.

A la mañana siguiente al romper el dia, se bajó de nuevo el puente levadizo; pero aquella vez no era un

niño debil é intrépido, no era Arturo de Bretaña, Arturo el de la rubia cabellera, Arturo cautivo y herido, el que entraba en el calabozo: el rey de Inglaterra desembarcaba en la torre. Desde muy temprano habia aparecido en el rio una barca cubierta de encarnado, llevando la bandera del leopardo, é impulsada rápidamente por remeros vestidos con ropillas galoneadas, y en cuyas muñecas brillaba el anillo de hierro, signo de su esclavitud.

Bajo la tienda que ocupaba uno de los extremos de la barca un caballero inmóvil y de pié media el camino con impaciencia, y no apartaba sus ojos de la torre, cuyas murallas iba á rozar la barca. Cuando esta estuvo cerca de tierra, el viajero saltó á la orilla con presteza; el sonido prolongado de un cuerno resonó en la fortaleza, y el estandarte inglés, hizado sobre la puerta, flotó al aire como para saludar al caballero desconocido. Era Juan sin-Tierra, así llamado, porque su padre Enrique II no le habia dejado al morir herencia alguna. Iba á matar á su sobrino con el objeto de poseer la suya.

Apenas instalado en la gran sala de la torre, el rey de Inglaterra mandó llamar á todos los jefes de la guarnicion y sus mas adictos servidores. Despues de hablarles de las guerras y las desgracias que las pretensiones de Arturo habian acarreado á Bretaña y Normandía, concluyó declarando que solo la muerte de su sobrino podría poner término á semejante estado de cosas, y preguntó bruscamente á los oficiales cual se atrevia á matar al conde de Poitou. Nadie respondió: el asesinato de un niño, cuyo crimen era haber reclamado con las armas en la mano y como un hombre la herencia de su padre contra un usurpador, indignó á los arqueros ingleses, y rehusaron su espada para cometer tan vil asesinato.

Mientras que de este modo se disponia la muerte de Arturo en la misma fortaleza que le servia de carcel, el jóven príncipe, fatigado de su viaje, dormia en su calabozo, y soñaba con su pobre vida ya tan llena de dis-

gustos y tan desagradable. Aun se creía en sus sueños en medio de las llanuras de la Bretaña, donde había pasado su infancia adorado de los bretones, que lo habían bautizado con el nombre de Arturo. Se veía jugando á orillas del mar, ensayándose en el manejo de la lanza, ó cantando las viejas canciones de la Cambria. Por último, después se veía en la corte de Felipe Augusto, ya grande en estatura y en valor, adiestrando un halcón, y en su primer torneo. Todos sus recuerdos le encantaron de tal manera, que al despertar admiró casi su calabozo y el hermoso sol que iba á visitarle, penetrando por entre los hierros de su ventana. Cuando llegó la noche volvió á tener los mismos sueños.

Empero, Juan sin-Tierra no dormía, y á eso de las dos la barca del rey fué deslizándose hasta ponerse bajo la torre, y se detuvo en un recodo de la orilla donde no podía ser vista. Abrióse una poterna, y alumbradas por una antorcha saltaron á la barca tres personas; Juan, un arquero y el preso. El arquero llevaba una piedra y una cuerda, y el rey una espada desenvainada.

Esperaron que una nube que pasaba ocultase la luna, y cuando la oscuridad fué mas profunda, Juan se volvió hácia su sobrino, y le clavó dos veces la espada.

«Dios mio!» dijo el pobre Arturo, y cayó. Todavía respiraba; mas el arquero sin cuidarse de si vivía ó no, le ató la piedra al cuello, y le arrojó el agua. El rey miró por espacio de mucho tiempo el sitio en que Arturo habia desaparecido, y luego que estuvo cierto de que su sobrino no existía ni podía subir á flor de agua, volvió á la torre con el arquero.

LOS ENANOS DE ORO.

Estos enanos de oro llamábanse así, porque apenas tenían dos pies de estatura, y eran dueños de inmensas riquezas. Por lo regular se mantenían ocultos debajo de

tierra, y si por casualidad dejaban su escondite, era por la mañana muy temprano. En aquel instante se les veía algunas veces extender sobre la yerba su oro, con el fin de secarlo á los primeros rayos del sol, y lanzar una mirada de satisfaccion hácia la fértil vega de Granada.

Dicho esto, vengamos á nuestra historia.

Un aldeano llamado Gonipo volvía de una gira con su mujer. Ambos, despues de pasar el domingo en divertirse, se habian puesto en camino cerca del anocheecer, esperando llegar á su casa á eso de media noche; pero ya porque fuese muy oscura, ya porque Gonipo no pudiese andar derecho á causa del mucho vino que habia bebido, hasta poco antes de salir el sol no pudieron descubrir el castillo de Alhamin, á cuyo pié estaba situada la vivienda de los enanos de oro.

Sin dejar de continuar su marcha, el matrimonio deploraba su miseria, sobre todo la mujer, la cual reprendía amargamente á Gonipo su conducta disipada. Gonipo era muy dado al vino, y rara vez se hallaba en sus cinco sentidos, de suerte que rara vez tambien dejaba á su esposa algunos cuartos para comer. Su esposa le habia acompañado á la gira, á fin de impedirle que hiciese sus tonterías de costumbre; pero como Gonipo era el mas fuerte, habia pegado á su mujer, sin que esta tuviera para enternecerle otro recurso que las lágrimas.

Ambos, pues, Gonipo tambaleándose y su mujer llorando, se dirigian hácia el castillo, precisamente cuando el sol estaba para romper.

De pronto se frotó los ojos Gonipo, y dijo á su esposa:

—¿Qué es lo que se vé á lo lejos?

Al decir esto Gonipo oyó debajo de tierra un ruido que parecia el que forma el choque de unas cacerolas de metal.

—Oh! dijo la mujer; ¿si serán los enanos de oro?... Vámonos por otro lado.

—Qué tontería! repuso Gonipo; ¿qué nos han de hacer esos hombrecillos? Al contrario, me han dicho que dan monedas de oro á los que se las piden, y así voy á pedirles un caudal.

—No hagas tal, exclamó la mujer; mira que son muchos; volvámonos atrás, y rodeemos por allá abajo para no encontrarnos con ellos.

Sin escuchar los consejos de su mujer, Gonipo apresuró el paso, y se acercó á los enanos de oro.

Cuatro estaban sentados en un terron de tierra, y se ocupaban en revolver con unas palas una cantidad grandísima de oro, húmedo de las aguas que corren por debajo de tierra.

Gonipo les saludó cortesmente, diciéndoles:

—Respetables señores, mi mujer y yo no tenemos un cuarto; ¿quieren VV. labrar nuestra fortuna?

—¿Cuánto necesitas? preguntaron los enanos.

—Necesito, dijo Gonipo....

—Veinte duros, interrumpió su mujer; solo necesitamos veinte duros, mis respetables señores.

—Deja hablar á tu marido, dijo el mas viejo de los enanos; con él es con quien tenemos que tratar.

—Si pides mucho, dijo la mujer á Gonipo en voz baja, te van á pegar como han hecho con otros.

—Necesito, prosiguió Gonipo, lo necesario para reparar mi casa, que se está viniendo abajo.

Los cuatro enanos le presentaron en las palas veinte monedas de oro, que Gonipo se metió en la faltriquera.

—Necesito, continuó, comprar el pedazo de tierra que linda con mi casa, y me convendría mucho.

Los cuatro enanos le presentaron en las palas cinco monedas de oro, que Gonipo se guardó en la faltriquera.

—Basta, basta! le dijo su mujer en voz baja; dales las gracias y vámonos, pues ya somos bastante ricos.

—¿No quieres mas? preguntaron los cuatro enanos.

—Necesito, continuó Gonipo, comprar una vaca con su becerrillo.

Los cuatro enanos se hablaron en voz baja al oído,

como si deliberáran entre sí antes de tomar una resolución. Al fin, uno de ellos presenta á Gonipo en su pala una moneda de oro.

—¿Qué mas? preguntaron los cuatro enanos.

—Nada, mis respetables señores, saltó al instante la mujer de Gonipo.

Este, furioso, la dió un terrible puntapié, y luego añadió:

—Necesito tambien lo indispensable para comprar cuatro arrobas de vino.

—Cuatro arrobas de vino! repitieron los enanos.

—Sí, mis respetables señores, cuatro arrobas de vino, respondió Gonipo.

Entonces los enanos le tiraron á la cabeza las palas.

—No le maten VV., mis buenos señores, gritó la mujer; no le maten VV. Es un hombre excelente; pero nunca está contento, y cuanto mas tiene mas quiere tener.

Sin embargo, los cuatro enanos seguian dando á Gonipo con las palas, y aquella vez no demostró que *cuanto mas tenia mas queria*, pues pedia con todas sus fuerzas que no le matasen. Con las manos procuraba librar su cabeza hecha mil pedazos, y cuando cayó sobre la yerba medio muerto, los enanos le registraron los bolsillos, sacándole todo el oro que le habian dado.

«Así es como, dijeron, tratamos nosotros á los hombres que no saben moderar sus deseos. Si Gonipo, ya rico con nuestros regalos, no nos hubiese pedido con que comprar cuatro arrobas de vino, le hubiéramos dejado ir en paz.

—Ah! murmuró Gonipo, yo muero!

En efecto, el pobre Gonipo espiró á poco, y su mujer prorumpió en sollozos, diciendo á los cuatro enanos de oro:

—Tengan VV. piedad de mi pobre marido, y vuélvanlo á la vida.

—Volverle á la vida, dijeron los enanos, es imposible; pero pídenos tesoros, y te harémos mas rica que una reina.

— Ay! repuso la desolada viuda; puesto que no pueden VV. resucitar al pobre Gonipo, á lo menos denme una monedita de plata para costearle el entierro, pues no tengo un cuarto en casa. Una monedita de plata, mis buenos señores.

Los cuatro enanos, encantados de la poca ambicion que abrigaba la mujer, llenaron las palas de oro, y la obligaron á que se llevase todas aquellas riquezas.

De vuelta á su casa, mandó construir un magnífico sepulcro, y en él fué enterrado su esposo con grave solemnidad. Este sepulcro, segun dice la tradicion, existia no hace dos siglos al pié del castillo de Alhamin; pero en el dia ni el uno ni el otro se hallan en pié, gracias á los terremotos que han variado en gran manera la haz de los terrenos granadinos. Sin embargo, no ha muchos años se encontró una lápida en un caserío de la vega de Granada, con el epitafio siguiente:

Aquí yace Gonipo,
á quien mataron los enanos de oro, porque dueño ya de grandes riquezas, quiso poseer mas.

Pasajeros,
rogad á Dios por el reposo de su alma, y si alguna vez deseais, desead poco.

Un de profundis
por el infeliz Gonipo que no supo moderar sus deseos.
Séale la tierra leve.

LA PRIMAVERA EN ANDALUCIA.

La primavera en la Andalucía es mas dulce sin comparacion que en Madrid, y florece con tres semanas de anticipacion. Los cinco pájaros que la anuncian, la golondrina, la oropéndola, el cucú, la codorniz y el ruiseñor, llegan protegidos por mansas brisas que quitan al sol el rigor de sus rayos. La tierra se cubre de margaritas, de pensamientos, de junquillos, de narcisos, de jacintos, de renúnculos y de anémonas, como los espacios aban-

donados que rodean á S. Juan de Letrán y Santa Cruz de Jerusalem en Roma. Los prados ostentan sus altos y elegantes helechos, las campiñas resplandecen con flores que parecen mariposas de oro posadas sobre verdes y azulados arbustos. Los vallados, á lo largo de los cuales abundan las violetas, están adornados con escaramujos, espinos blanco y rosa, álamos, madreSelva, nopales, bojcs, yedra, y zarzas cuyos encorbadôs vástagos contienen hojas y vistosas frutas. En todas partes hormigucan las abejas y los pájaros, y á cada paso se encuentran colmenas y nidos. El mirto crece á sus anchas, el higo madura sin cultivo, y cada manzano con sus carmíneas rosas se parece á un gran ramillete de los que los campesinos regalan á sus novias el día de boda.

El aspecto del país, entrecortado por valles estrechos y profundos donde corren entre mimbres y sauces riachuelos no navegables, y por un prolongado bosque, ofrece perspectivas risueñas y solitarias. En las costas suelen encontrarse torres, ermitas, vijías, obras romanas, monumentos árabes y ruinas de algun castillo.

Entre el mar y la tierra se estienden grandes campiñas, frontera indecisa de los dos elementos: la calandria de los campos vuela allí con la marina; el arado y la barca, á un tiro de piedra el uno de la otra, surcan la tierra y las aguas. Arenas de diversos colores, bancos variados de conchas, y franjas de argentada espuma trazan los lindes rubios ó verdes de los trigos, y de trecho en trecho suelen encontrarse algunos bajos relieves.

En los paisajes interiores del continente, el plano terrestre y el celeste se miran inmóviles, y en las vistas marítimas el azul de las olas forma un hermoso aspecto con el azul fijo del firmamento. Para disfrutar de un raro espectáculo, es preciso ver salir el sol en los bosques de Andalucía, y sobre todo hundirse la luna en el Océano.

La luna tiene sus nubes, sus vapores, sus largos ra-

yos, sus sombras como el sol; pero como este, no se retira solitaria, pues vá acompañada de varias estrellas. A medida que desciende al fin del cielo, se aumenta su silencio que comunica al mar; á poco llega al horizonte, lo intercepta: solo muestra la mitad de su frente, que se desvanece, se inclina, y se oculta en un muelle lecho de movedizas olas. Los astros inmediatos á su reina antes de sumergirse en pos suyo en el seno de las ondas, se mantienen suspendidos un momento sobre las olas y los escollos, faros eternos de una tierra desconocida, y apenas se ha puesto la luna cuando un soplo, que viene de lo interior de la mar, rompe la imágen de las constelaciones, como se apagan las velas despues de una solemne funcion.

HISTORIA SAGRADA.

REINO DE ISRAEL.

IV.

CONVERSION DE NINIVE.—CASTIGO DE ISRAEL.

Jonás se dirige á la gran ciudad, y se pasea por las calles gritando:

«Cuarenta dias mas, y perecerá Nínive.»

Estas palabras llenan de espanto á todos los corazones, y los culpables piensan con terror en los crímenes que han cometido.

El mismo rey presta oídos á las palabras del Señor, desciende de su trono, se despoja de la púrpura, cúbrese con un saco, y se sienta sobre la ceniza.

Luego manda que se hagan rogativas públicas, y que haya ayuno general durante un día.

Nínive obedece, y el ejemplo del rey y de los grandes mueve los corazones.

Los crímenes cesan, y se derriba la idolatría.

Al ver semejante arrepentimiento, el Señor depone su ira, y renuncia al plan que habia concebido, no queriendo que recayesen sobre la Nínive penitente y convertida los males que tenia preparados contra la Nínive culpable é infiel.

Qué ejemplo mas palpable de la bondad infinita de Dios! Queridos niños! amadle con toda vuestra alma, y vereis la alegría con que llena vuestro corazón. Si por desgracia cometeis alguna culpa, oh! no temais que os rechaze, volved á él, queridos niños, y os perdonará como perdonó á Nínive.

Jonás volvió en seguida al reino de Israel, y allí publicó la clemencia del Señor hácia Nínive; pero el pueblo de Jeroboam despreció sus palabras.

Entonces escogió Dios á Osea para que dirijiese á Jerusalem sus maldiciones; mas los terribles castigos que la prometió en nombre del Señor, no la causaron impresion alguna.

Amós se presentó en seguida, y no fué mejor acogido.

Durante este tiempo habian acrecentado su poder los reyes de Nínive, fundando el imperio de Asiria.

El rey de los asirios entró en Israel, y derrotado el ejército de Jeroboam, parte de su gente tuvo que sufrir la esclavitud.

Pero despues murió Jeroboam, y desgarrado su reino doce años seguidos por disensiones intestinas, se debilitó, y cayó arruinado enteramente.

Al cabo de aquel tiempo, Zacarías, hijo de Jeroboam, fué aclamado rey por el pueblo; y apenas habia reinado unos seis meses, cuando viendo el Señor que seguia el ejemplo de sus padres, le abandonó á su suerte.

Zacarías es asesinado por Sellum, el cual escala el trono por este medio.

Así se cumplió la predicción del Señor, que había prometido á Jehu que su familia reinaría hasta la cuarta generacion.

INCONVENIENTE DE LOS HONORES.

Habia en la antigua Roma, no recordamos en qué año de la república, un consul muy jóven y muy valiente que tenía la desgracia comun á otros hombres de amar demasiado el juego. Sucedió que este consul fué enviado contra los cartagineses, y que habiendo inventado una máquina de guerra llamada cuervo, ganó contra ellos la primera batalla naval que hasta entonces hubieron alcanzado los romanos; tan bien, que volvió á Roma engraido con la reputacion que iba á alcanzar y las pruebas de cariño que sus conciudadanos debian darle. No se engañaba, pues toda la poblacion le esperaba á las puertas de la ciudad á fin de llevarle en triunfo al Capitolio, donde por su parte le aguardaba el Senado.

Ahora bien, el Senado, luego que le vió, le anunció que acababa de concederle una distincion que debia li-sonjear en gran manera su amor propio; á saber: que nunca saldria sino precedido de un músico, el cual anunciaria á todos, tocando la flauta, que el que le seguia era el famoso Duilio, vencedor de los cartagineses. Duilio, como comprenderéis, oh lectores, se alegró muy mucho con semejante distincion, y volvió á su casa erguida la cabeza y precedido de su flautista, el cual tocaba todo su repertorio con grandes aclamaciones de la multitud que gritaba con desaforadas voces: «viva Duilio»; viva el vencedor de los cartagineses! viva el libertador de Roma!» Era esto tan embriagador, que poco faltó para que el pobre consul se volviese loco de gusto, y aquel mismo dia salió dos veces de su casa, aunque nada tenía que hacer en la ciudad, sino únicamente para disfrutar de la prerogativa senatorial, y oir la música así como los

gritos que la acompañaban. Esta ocupacion le hizo caer en un estado de júbilo difícil de explicar, hasta que llegó la noche. El vencedor saboreaba de antemano el gusto de volver á empezar con algunos camaradas suyos la partida de dados á que era tan aficionado, y de la cual habia estado privado tanto tiempo.

Perfumóse, pues, el consul, y cuando su reló de arena marcó las once, salió de puntillas para encaminarse á la calle Suburana; pero no habia contado con la huésped, ó por mejor decir, con el músico. Apenas habia andado cuatro pasos cuando éste, que no le dejaba de día ni de noche, saltó de la piedra en que estaba sentado, y conociendo al consul, empezó á andar delante de él soplando con todas sus fuerzas en el instrumento tan bien que los que todavía se paseaban por las calles, se volvian, los que ya habian entrado en casa salian á la puerta, y los que estaban acostados se levantaban y abrian la ventana, repitiendo en coro: ah! ah! es el consul Duilio! viva el consul Duilio! viva el vencedor de los cartagineses! viva el vencedor de Roma!

Si esto era lisonjero, tambien era importuno, de suerte que el consul quiso hacer callar á su instrumentista; pero este declaró que tenia las órdenes mas terminantes del Senado para no guardar silencio un solo instante; que le habian asignado diez mil sestercios al año por soplar en su caramillo, y que soplaría mientras tuviese aliento. El consul, viendo que era inútil porfiar con un hombre que tenia en su favor una orden del Senado, salió corriendo, creyendo que así se libraría de su melodioso compañero: pero este arregló su paso por el suyo con tanta precision, que todo cuanto pudo conseguir el consul, fué que su músico le siguiera en vez de ir delante como anteriormente. Aunque dió vueltas como una liebre, saltó como una cabra, y partió rectamente como un javalí, el maldito músico no perdió un segundo su pista, de suerte que todo Roma, sin comprender una pizca de aquella correría nocturna, como supiese que el que la ejecutaba era el vencedor Duilio, se arrojó á la

calle, asomóse á la ventana, ó salió á la puerta gritando: «viva Duilio! viva el vencedor de los cartagineses! viva el libertador de Roma!»

El infeliz héroe tenia una esperanza, creia que en medio de aquella confusion podria encontrar la casa punto de reunion y deslizarse por la puerta entreabierta. Pero no! El general rumor habia llegado á la via Suburana, y cuando llegó á aquella casa hospitalaria, se encontró con que estaba en conmocion como todas las demás, y vió en las ventanas á todos los jóvenes patricios, quienes apenas le vieron á lo lejos, se pusieron á gritar «viva Duilio! viva el vencedor de los cartagineses! viva el libertador de Roma!» El héroe entró en su casa desesperado, pues cómo confesar en público su pasion por el juego?

A la mañana siguiente creia que el músico seria mas comedido; pero se engañó; lo mismo sucedió al otro dia y los siguientes; de suerte que el consul viendo que le era imposible salir de incógnito, partió para Sicilia, donde de cólera derrotó otra vez á los cartagineses, pero con tanta crueldad que todos creyeron que habia dado fin á todas las guerras púnicas pasadas, presentes y futuras, y Roma recibió tanta alegría que celebró con varios festejos públicos la victoria, y se propuso dispensar al vencedor un triunfo mas magnífico que el primero.

En cuanto al Senado, se reunió á fin de deliberar antes que llegára Duilio acerca de la nueva recompensa que habia de concedérsele, y ya empezaban á votar en una plaza pública cuando de pronto se oyeron grandes gritos de alegría y el sonido de una flauta. Era el joven consul que se libraba del triunfo gracias á la prisa que se habia dado; pero que no habia podido escapar á la pública gratitud, gracias á su tocador de flauta. Sospechando que le preparaban alguna cosa nueva, iba á tomar parte en la deliberacion, y efectivamente halló al Senado dispuesto á votar y con la bola en la mano. Entonces subiendo á la tribuna, dijo:

—Padres conscriptos, vuestra intencion es concederme una recompensa que me agrade?

—Nuestra intencion, respondió el presidente, es haceros el hombre mas feliz de la tierra.

—Pues bien, repuso Duilio, quereis permitirme que ospida la cosa que mas deseo?

—Decid, decid, gritaron los senadores á una voz.

—Y me la concederéis? preguntó Duilio con toda la timidez de la duda.

—Por Júpiter que os la concederémos! respondió el presidente en nombre de toda la asamblea.

—Pues bien, dijo Duilio, padres conscriptos, si creeis que he merecido bien de la patria, quitadme en recompensa de esta segunda victoria el pícaro flautista que me habeis dado por la primera.»

Extraña pareció al Senado la pretension; pero habia empeñado su palabra, y era la época en que todavía no faltaba á ella. El tocador de flauta obtuvo como pension vitalicia la mitad de su sueldo en vista de lo bien que habia cumplido con su encargo, y el jóven consul, libre al fin de su músico, encontró de incógnito y sin ruido la puerta de la casita de la calle Suburana que le habia cerrado una victoria, y que otra victoria volvió á abrirle.

Afirmase no obstante, que pronto se corrigió de su fatal aficion al juego, cuyas resultas son muchas veces tan terribles.

